

en pieza importante de un complejo y difícil discurso relacionado con toda la historia moderna de España.

No es nada sorprendente, por ejemplo, que un hombre como Rafael Alberti, perfectamente encuadrado en esa vieja España clandestina, haya hecho una gozosa adaptación teatral de la obra de Delicado. Más allá de cualquier adquisición erudita, lo que destaca es la "modernidad" de un texto que purifica o limpia unos canales de comunicación con la realidad, largamente deformados por dirigidos idealistas. El que Delicado guardara el anónimo en la primera edición de su obra, o el que emigrase a Italia, son rasgos que le unen a Francisco de Rojas y que iluminan las significaciones de su texto. Rojas, ciertamente, murió en Talavera, pero era, como Delicado, hijo de judíos conversos, y sus restos descansan todavía entre las ruinas de una iglesia posteriormente dedicada a los más diversos menesteres. Los dos, Rojas y Delicado, aparecen como hombres embozados, más o menos refugiados en penumbras eclesiásticas, desde las que consiguen elaborar, con peligrosa independencia, sendos libros que dan fe de un realismo, de una frescura idiomática, de un mundo popular y ajeno a los conceptualismos oficiales. A los dos, a Rojas y a Delicado, el éxito de sus libros les lleva a descubrir su identidad. Los dos figuran hoy, contra el viento de las censuras, entre los más grandes autores de la literatura española de todas las épocas. Aunque, llegados a este punto, sea necesario señalar la superior riqueza y armonía de "La Celestina" respecto de esta asimismo extraordinaria "La lozana andaluza". ■ J. M.

García Márquez, periodista

Respondiendo a su nombre, la colección «Cuadernos Marginales» (Oscar Tusquets Editor, Barcelona) acaba de recuperar un antiguo trabajo periodístico de Gabriel García Márquez publicado en «El

Espectador», de Colombia, en 1955, época del dictador Rojas Pinilla. La aparición del reportaje determinó el exilio del autor y la desventura del protagonista. Ahora nos es ofrecido en un breve volumen bajo el título de «Relato de un naufrago». Aparte del indudable interés que encierra como narración de unos hechos reales, radica su valor en su condición de denuncia de una situación anómala amparada por el Gobierno. La excesiva carga de contrabando de un barco oficial fue, en efecto, la causa de que ocho marineros cayeran al mar en el Caribe. De ellos se salvó, después de una increíble odisea, el protagonista de esta historia, Luis Alejandro Velasco, relatada por él mismo en primera persona y narrada por Gabriel García Márquez, en aquel tiempo modesto periodista en Bogotá.

Aunque el carácter específico del tema de este relato no permita establecer ninguna analogía, uno recuerda otros escritos de denuncia célebres, como el de Gide sobre el Congo, el histórico de Zola y alguno de Jean-Paul Sartre. Al menos, a su nivel, tuvo el mismo valor político.

«Relato de un naufrago» está expuesto con una poca común calidad periodística, que en su hora debió anunciar ya, para el que supiera ver, los posteriores aciertos literarios del autor. Es trabajo escrito con nervio, con economía expresiva y con una formidable capacidad de síntesis para reflejar cada situación: un auténtico modelo en su género.

En la «introducción» al reportaje, firmada hace dos meses, Gabriel García Márquez se queja amargamente del peso de su popularidad y lamenta por anticipado que este breve libro pueda difundirse exclusivamente por ella. Pero es justo decir que sus valores son múltiples: de un lado, el de la historia en sí misma, como relato de aventuras y como denuncia política; de otro, el propiamente literario y periodístico, que depende de su estilo brillante y de la adecuada fórmula utilizada. Y este es, por descontentado, mérito suyo, que viene a recordarnos su presencia en Barcelona, donde

habitualmente vive, y donde prepara una novela, sin duda muy importante. ■ EDUARDO G. RICO.

Homenaje a Aranguren

El profesor Aranguren ha ofrecido un raro ejemplo. No sólo ha sabido situar a alumnos y estudiosos que se han acercado a él en plena libertad intelectual, sino que les ha ofrecido, sin pudor, el espectáculo de sí mismo, esto es, el de un intelectual que constantemente se corrige, contra-



dice y avanza. No es el profesor que se parapeta tras un sistema concluso y sin fisuras, sino que hace partícipe al discípulo —o al lector— de su propia aventura intelectual. Nada más alejado, por tanto, del profesor que desde su cátedra intenta someter a una "disciplina" al alumno, práctica normal y tras la cual se adivina siempre el propósito de orientar los saberes en orden a un determinado "orden". El profesor Aranguren no se ha movido ni por un interés de escuela propia ni por unos intereses extraños a la búsqueda de la claridad. Tal labor no podía por menos de ser fecunda tanto en el número de los que de algún modo reconocen su paternidad o influencia intelectual como por la pluralidad de tendencias ideológicas surgidas a su calor. El conjunto de ensayos que bajo el título de "Teoría y sociedad" ha sido editado por Ariel como homenaje

a Aranguren con motivo del cumplimiento de los setenta años de éste, es una buena prueba. Un "testimonio" se nos dice en el prólogo. "Aranguren brindó siempre toda su comprensión y estímulo a cuantos nos acercamos a él desolados ante la imposibilidad de encontrar en el medio español establecido un marco en que desarrollar las inquietudes que nos movían, animándonos a ahondar críticamente en nuestras particulares inclinaciones teóricas, ya fuesen de índole filosófica, sociológica o política... No intentaba en modo alguno moldearlas según sus opiniones o convicciones personales...". Firman estas palabras introductorias Francisco Gracia, Javier Muguerza y Víctor Sánchez de Zabala, quienes se han preocupado de reunir una veintena de trabajos, dispares en temas, métodos e ideología. Pero unificados por el denominador común del afán de rigor y la preocupación crítica. En ningún caso, como cabría pensar en principio, se estudia el pensamiento de Aranguren. Cada autor ha querido ofrecer desde su propio campo de estudio una muestra como homenaje a la liberalidad ideológica del que fue catedrático de Ética y Sociología en la Universidad de Madrid y hoy es profesor ordinario de la de California, en Estados Unidos. Pero aparte del significado de este trabajo editorial, subtítulo "homenaje al profesor Aranguren", "Teoría y sociedad" tiene un interés específico: nos permite informarnos acerca del nuevo pensamiento español crítico surgido en la Universidad estos últimos años en filosofía, sociología, historia de las ideas políticas... Gran parte de los autores explican actualmente en la Universidad, alguno de ellos como catedrático —el caso de Emilio Lledó—, otros como profesores: Manuel Sacristán, Raúl Morodo, Elías Díaz, Rubert de Ventós... Rompen la monotonía de los trabajos unos poemas del que fue catedrático de Estética, José María Valverde, y se recoge al final del tomo una bibliografía de los principales escritos de Aranguren, de una gran utilidad. ■ C. ALONSO DE LOS RÍOS.

Una serie de conferencias —en la Universidad de La Laguna y en otras instituciones de las islas Canarias— me obligan —gratamente, por supuesto— a permanecer aquí, en las islas. Desde ellas envío mi crónica de la semana. Para la gente como yo, el magnífico pretexto de unas conferencias siempre viene muy bien para ampliar el conocimiento de España. Ahora llega a mi conocimiento Canarias, la más atlántica de nuestras tierras..., tan atlántica que, en muchos aspectos, es un anticipo de América, de nuestra América. Y eso en todo, no sólo en la geografía, sino en el carácter de sus hombres; pero sobre todo en el habla... El domingo estuve con Jesús Hernández Perra, el más joven de los rectores universitarios de España —por lo menos, el más joven de espíritu, como se debe ser joven—, en las faldas del Teide, en lo que se llama «Las Cañadas del Teide». Aquello es el reino de la geología... Un poco más abajo, en el Puerto de la Cruz y en todo el Valle de la Orotava, está el reino de la botánica. Pero por todas las Canarias, y por eso son lo que son, se cierne el reino del hombre. En pocos sitios es posible ver, como aquí, una agricultura más civilizada. (¿Agricultura civilizada? ¿Por qué habrá que pedir perdón, por la redundancia o por la contradicción?) Lo cierto es que ese poderío sin tregua entre los gran-



Homenaje a la Arquitectura Prerománica.

des reinos de la Naturaleza hacen de Canarias una tierra extraña, mágica y profética. Aquí empiezo a comprender que un día esta tierra fuese considerada tierra de promisión por los grandes del surrealismo. Aquí, en esta isla

a Eduardo para aprender historia del arte contemporáneo y no porque él sea un historiador especialmente, sino porque él es un protagonista de esa historia. El fue, ayudado por un grupo de amigos, el que dirigió aquella

Cuando habla de la aventura de «Gaceta de Arte» tiene que recurrir siempre a la exaltación del trabajo de los que con él compartieron la aventura. No ha parado hasta no presentarme a los supervivientes de aquello: a Domingo Pérez Minick —el gran crítico de nuestra novelística y de nuestro teatro— y a Pedro García Cabrera, el poeta, maestro de poetas en estas islas.

Tengo que escribir un día mucho más ampliamente de Eduardo Westerdahl. Ahora no puedo, porque resulta que tengo que hablar de Maud, de su mujer, que ha hecho una exposición aquí, en el Museo de Tenerife. ¡Ah!, Maud Westerdahl es francesa, de Limoges... y hace esmaltes...

La exposición de Maud Westerdahl, en el museo de Tenerife

El esmalte —ese lujo de las artes llamadas "industriales"— tuvo, como se sabe, su gran difusión en la Edad Media y en Limoges, el lugar natal de Maud, su capitalidad más universal. No hay que entrar ahora en la explicación de las vinculaciones de Maud con la tradición de su ciudad, pero sí existe esa vinculación. Ahora ella hace esmaltes en Tenerife, donde vive con su esposo y su hijo.

Es difícil escapar a una cierta preceptiva medievalista, a una cierta estética de reminiscencias más o menos románticas... Maud lo consigue. Es decir, Maud consigue transferir la estética de sus esmaltes, desde una condicionante medieval —que en definitiva sería la suya, por corresponder a su propia tradición— hasta una estética actual. Ahora bien, Maud consigue esa actualización estética sin romper con lo que podríamos considerar condicionante básica del esmalte: la heráldica. Se diría que ese lujo de la "edad bárbara" estuvo al servicio de ese tipo mágico de identificación... o por lo menos parecía identificarse más con ese espíritu. Si afirmo ahora que los esmaltes de Maud están al servicio de una heráldica actualizada habría que explicarse... No: no trato de decir que nuestro tiempo tenga su propia heráldica. Pero tiene algo así como una magia identificadora de ciertas cosas. Eso es lo que singularmente supo entender el surrealismo. Por eso en Maud, de alguna manera, aflora algo así como una leve sombra del surrealismo... No en balde ha vivido cerca de muchos de sus protagonistas. Pero tampoco es eso. Maud no es surrealista. Es, sencillamente, actual, con conocimiento de una magia actualizada. ■ MORENO GALVAN.

TEATRO

Teatro y teoría

Ciclo en el Marquina. Festival de San Sebastián. Jornadas de Tarragona. Premio Tirso de Molina. De pronto, un teatro que andaba agazapado, en funciones perdidas en Colegios Mayores y ámbitos sin resonancia, asoma a la escena pública, en el sentido de que es sometido a una crítica y a un público más o menos hechos por el teatro cotidiano. Es una buena oportunidad para que los sectores tradicionales tengan que aceptar que ese nuevo movimiento existe, que se está intentando, con un criterio bien distinto al de las exquisitas sesiones de cámara de otras épocas, levantar un teatro asentado sobre supuestos diferentes. La prueba es, sin duda, importante.

Para mí, que intento seguir de cerca el movimiento autoral y las líneas de los distintos grupos, los resultados obtenidos han sido, en su conjunto, estimables. Comprendo, sin embargo, que quien se haya acercado por primera vez a este tipo de expresión teatral debe de haber sacado, también en líneas generales, conclusiones bastante pesimistas. Porque, tanto a nivel de autores, como de directores, como de actores, se trata de un movimiento que pierde una gran parte de su fuerza si se le despoja de los distintos elementos sociales e ideológicos que lo determinan. Es un teatro, por decirlo de otra manera, que resulta claramente empujado si se ve privado de todo el aparato teórico, de toda la previsión programática que lo envuelve.

El hecho me parece importante y justifica con creces esta modesta reflexión. Porque, a fin de cuentas, toda la teoría teatral existe para esclarecer y enriquecer el hecho de la representación, lo que obliga a concluir que algo debe fallar en los planteamientos teóricos si luego éstos no se proyectan sobre los resultados artísticos. Vuelve a pasarnos aquí lo que con todo ese teatro escrito para los concursos en vez de para los escenarios. Su razón de ser está mucho más ligada a



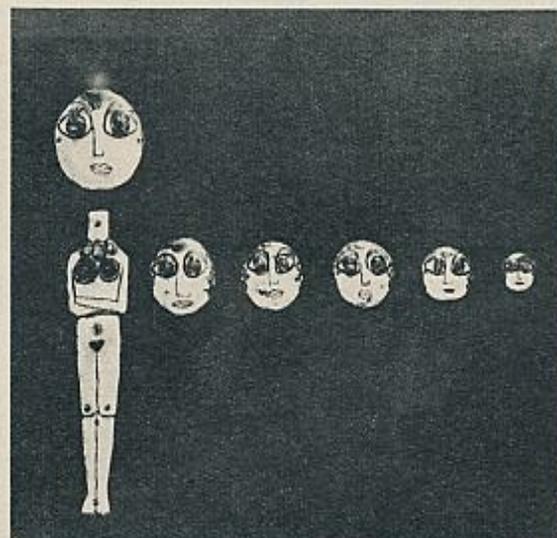
El Señor de la Guerra.

de Tenerife, tuvo lugar, en los «años treinta», la publicación de «Gaceta de Arte», una de las aventuras más generosas de la historia de nuestra modernidad artística. Y como una prolongación de la actividad de esa publicación tuvo lugar la magna exposición surrealista, que congregó a la obra de los máximos artistas de aquella hora. De aquí salió para entregarse a París aquella especie de león del surrealismo que fue Oscar Domínguez... Hay que reconocer que las Canarias en general continúan manteniendo el fuego de aquella hora en jóvenes artistas; Manolo Millares es un ejemplo, pero hay hornadas nuevas, como Juan José Abad, el escultor, de quien ya hablé en esta sección, y Toribio...

De todas maneras, hay un hombre aquí en la isla al que un día habría que rendirle el homenaje nacional que merece: es Eduardo Westerdahl. Yo siempre me he complacido en proclamarlo maestro. Lo es en todo, pero sobre todo en algo en lo que el magisterio hay que considerarlo doblemente ejemplar: en conducta. La gente como yo, cuando viene a Canarias, tiene que ir a ver a Westerdahl, igual que el Teide. Yo vengo

publicación modélica que se llamó «Gaceta de Arte», manteniendo desde aquí, desde esta isla, un contacto amical con los más grandes del arte del momento. Uno cree que tras ese nombre extraño a nuestra pronunciación se esconde un personaje extraño, sabio, distante. Y no puede, luego de conocerlo, evitar una sonrisa, cuando se sabe que ese personaje próximo hasta la familiaridad tiene pasaporte sueco (porque resulta que es hijo de padre sueco), pero que es canario por hábito, por nacimiento, por devoción y hasta por fatalidad. Westerdahl, a pesar de su nombre, a pesar de su sabiduría, tiene el candor de las personas entrañables. Y sigue siendo un maestro, mentor de artistas, alentador de jóvenes... Yo creo —o por lo menos lo deseo— que él es una autoridad en la isla. (Autoridad, creo yo, debe ser una palabra relacionada con «autor», y en ese sentido se la atribuyo a Eduardo.) Junto a Eduardo, en su casa llena de recuerdos vividos por ambos, con el hijo de ambos, está Maud, su mujer, francesa, pero institución ya de la isla. Ya hablaré de su obra.

Lo que más me gusta de Westerdahl es su fidelidad.



Homenaje a Eva.